

UN MEDITERRÁNEO EN MOVIMIENTO. ESCLAVOS Y COMERCIO EN EL CONTINENTE AFRICANO (SIGLOS XVI, XVII, XVIII)

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ TORRES

UNED

jamtorres@geo.uned.es

(Recepción 20-09-2007; Revisión: 14-12-2007; Aceptación: 12-03-2008; Publicación: 31-10-2008)

RESUMEN

Durante la Edad Moderna, los ataques que libraron en el Mediterráneo y en el Atlántico africano los corsarios berberiscos contra las principales potencias europeas produjeron un importante tráfico de hombres y mercancías. Además, el comercio de esclavos que se produjo en estas aguas fruto de este conflicto generó una densa red de intermediarios de distintas procedencias geográficas y religiones que obtenían con todo este tráfico unos importantes beneficios económicos, capaces de compensar los enormes gastos realizados para desplazarse desde sus territorios europeos hasta el lejano e inexplorado continente africano.

Palabras clave: Mediterráneo, Edad Moderna, Esclavos, Piratería.

A MEDITERRANEAN IN MOVEMENT. SLAVES AND COMMERCE ON THE AFRICAN CONTINENT (16TH, 17TH, 18TH CENTURIES)

ABSTRACT

During the Modern Age, the Berber corsairs attacks in the Mediterranean and the African Atlantic against the main European powers led to a significant trafficking of men and merchandise. Slave trading in these waters, the outcome of this conflict, generated a dense network of intermediaries from all kinds of places and of all religions, who extracted large profits from it. These could offset the enormous outlay they had to get from Europe to the distant, unexplored territories of Africa.

Key words: The Mediterranean, the Modern Era, slaves, piracy.

Estas páginas pretenden cumplir dos objetivos. El primero, indicar que los ataques que libraron en el Mediterráneo y en el Atlántico africano los corsarios berberiscos contra las principales potencias de la Europa Moderna produjeron un importante tráfico de hombres y mercancías. El segundo objetivo intenta dejar claro que el comercio de esclavos que se produjo en estas aguas fruto de este incesante conflicto generó una densa red de intermediarios de distintas procedencias geográficas y religiones que obtenían con todo este tráfico unos importantes beneficios económicos, capaces de compensar los enormes gastos realizados para desplazarse desde sus territorios europeos hasta el lejano e inexplorado continente africano.

La historiografía europea de la Edad Moderna, y para el caso que aquí más nos concierne la española, ha silenciado la estrecha relación que existe entre la circulación de personas (forzosa o no) y los intercambios derivados de ella, si exceptuamos los clásicos textos de Fernand Braudel (1) y Vitorino Magalhaes Godinho (2), los importantes trabajos de Eloy Martín Corrales (3) sobre el comercio hispano-musulmán durante la Edad Moderna, algunas innovadoras monografías que relacionan la guerra corsaria con la esclavitud cristiana en el Magreb (4) y una dispersa, heterogénea e inclasificable bibliografía de ámbito local, que apenas si deja caer aquí y allá referencias indirectas de ambos fenómenos. Las fuentes archivísticas tampoco son más explícitas al respecto, ya que los desplazamientos y las operaciones mercantiles, sobre todo las que se realizaron con el África musulmana, no aparecen detalladas en los libros de contabilidad más que excepcionalmente, mientras que los funcionarios de los gobiernos europeos no registran unos intercambios sobre los que pesan tajantes prohibiciones que arrancan de la época medieval, de modo que hay que hacer una historia con vocación detectivesca para reconstruir un importante tráfico de hombres y mercancías que se lee entre líneas en los documentos de los órganos de poder de los principales estados europeos e incluso en la información indirecta que proporcionan «memoriales», «avisos», «relaciones» y todo un caudal de correspondencia privada de soldados, mercaderes, misioneros, renegados y esclavos retenidos en Europa y África.

I

Los manuales y las monografías de historia económica de la Europa Moderna señalan que la península ibérica, desde la Baja Edad Media hasta principios

(1) BRAUDEL, FERNAND (1984) [1973]: 3 vols.

(2) GODINHO, VITORINO MAGALHAES (1981-1984) [1963-1971]: 4 vols.

(3) MARTÍN CORRALES, ELOY (2001); MARTÍN CORRALES, ELOY (2005): 139-159; MARTÍN CORRALES, ELOY (2007), pp. 485-510.

(4) BONAFFINI, GIUSEPPE (1983); FRIEDMAN, ELLEN G. (1983); DAVIS, ROBERT C. (2003); MARTÍNEZ TORRES, JOSÉ ANTONIO (2004b).

de la Edad Contemporánea, fue una encrucijada del comercio marítimo internacional. Aparte de los tradicionales intercambios con los nacientes estados del norte de Europa, en ella confluían los tráficos de los puertos del Mediterráneo, los de Asia y los de América, este último potenciado con el desarrollo de la Carrera de Indias (5). La unión de la Corona portuguesa a España en 1580 dio a todo este tráfico marítimo un impulso sin igual gracias a la creación de ese «imperio dual» dispersado en los cuatro continentes (1580-1640). De Sevilla a México, de Lisboa a Angola, de Mombasa a Goa y Malaca, los ibéricos, en célebre expresión del historiador francés Serge Gruzinski, «mundializaron» la tierra con una serie de intercambios realizados a todos los niveles y revestidos de múltiples formas. No obstante, quizás sean los intercambios comerciales los más importantes de todos ellos (6).

Desde el primer tercio del pasado siglo XX hasta nuestros días, el comercio de España con América a lo largo de toda la Edad Moderna se ha beneficiado, tanto en cantidad como en calidad, de las investigaciones de los historiadores de la economía. Su volumen, su estructura, su financiación y el contrabando paralelo a la vía legal los conocemos relativamente bien gracias a las aportaciones generales de Clarence Henry Haring, Earl Jefferson Hamilton, Pierre Chauvin, Michel Morineau, John Robert Fisher, Enrique Tandeter y Zacarías Moutukias, entre otros. Desde una perspectiva más particular pero sin perder la globalidad como premisa metodológica de estudio, un importante y activo sector de la historiografía andaluza (Antonio García-Baquero, Antonio Miguel Bernal) y catalana (Carlos Martínez Shaw, Josep María Delgado Ribas), fuertemente inspirada en los métodos y técnicas de la «escuela» de *Annales*, pero sobre todo en la obra de Pierre Vilar, ha estudiado el significado real de la política comercial con Indias e incluso ha desmentido el tópico que indicaba que Cataluña fue excluida de tales transacciones ultramarinas.

Al igual que ocurre con las negociaciones comerciales entre Europa y el Nuevo Mundo, las que se produjeron en el «Pacífico de los ibéricos» también cuentan con sólidos trabajos de síntesis e investigación. Entre todos ellos sobresalen el clásico estudio sobre el Galeón de Manila que publicara a finales de las décadas de los treinta del siglo XX William Lytle Schurz y las investigaciones sobre la dispersión de la plata española en toda esta área geográfica elaboradas por William S. Atwel, Dennis O. Flynn, Arturo Giráldez, Carlo M. Cipolla, Atsushi Kobata, John Te Paske, Vera Valdés Lakowski y Carmen Yuste. Muy a grandes rasgos tales trabajos han demostrado que la ciudad de Manila fue realmente una colonia mexicana, no española. Básicamente lo que iba en el galeón que hacía la ruta Acapulco-Manila eran frailes y plata, pero sobre todo esta última porque había una gran demanda de ella en la China *Ming* (1368-1644) y *Qing* (1644-1796). Lo que llegaba en sentido inverso eran alfombras y perlas de Persia, añil y algodón de la India,

(5) MOLHO, ANTHONY, RAMADA CURTO, DIOGO et al (2003): 569-672.

(6) GRUZINSKI, SERGE (2004): 29-32.

especias (pimienta, clavo, jengibre, nuez moscada) de Indonesia, porcelanas, jade y sedas de China, lacas y biombos de Japón, muebles y marfiles de Filipinas y algunos otros productos como drogas medicinales, aromáticas o tintóreas de los diversos países bañados por el Índico y el Pacífico. Todas estas mercancías fueron muy demandadas por los criollos y se distribuyeron a lo largo de todo el Imperio español en América gracias a los mercaderes que, desde Oaxaca o ciudad de México, acudían a comprarlas puntualmente a la feria de Acapulco.

Ahora bien, ¿cuál es nuestro conocimiento actual de los intercambios humanos y económicos que se produjeron durante toda esta época entre Europa y los estados musulmanes del Mediterráneo y el Atlántico? Ya hace algún tiempo que Fernand Braudel señaló en su clásica obra sobre *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* que la solución, a finales del siglo XVI, del largo conflicto que venían librando España y Turquía por hacer valer su hegemonía en estas aguas sirvió para potenciar las transacciones comerciales pero sin por ello eliminar los desplazamientos forzados de personas. Los aliados de los turcos en este secular conflicto, las regencias berberiscas de Trípoli, Túnez y Argel, y en buena medida también los corsarios marroquíes de las localidades de Tetuán y Salé (en su mayor parte eran población morisca expulsada de Extremadura, Levante y Andalucía), decidieron hacer caso omiso de las treguas que firmaron los plenipotenciarios de ambos imperios entre 1580 y 1584 porque, según aquéllos, la piratería y el corso no eran una forma de guerra, sino un modo de vida (7).

II

Desde Grecia a Islandia pasando por Inglaterra, un importante número de localidades costeras del Mediterráneo y el Atlántico europeo y africano fueron arrasadas por los corsarios berberiscos en rápidos y eficaces golpes de mano divulgados en múltiples testimonios literarios y pictóricos (8). El caso de Plymouth es muy ilustrativo al respecto, pues sólo en un año, 1625, los marinos del norte de África capturaron a más de un millar de habitantes de esta localidad del sudoeste inglés en un radio de acción que no superaba las treinta millas de costa. Como ha subrayado el historiador británico John H. Elliott, la política de no beligerancia que acordaron Jacobo I de Inglaterra (1603-1625) y Felipe III de España (1598-1621) favorecía un acercamiento entre ambas monarquías (mediante un futuro matrimonio entre el príncipe de Gales y la infanta María, la hija menor de Felipe III y Margarita de Austria) (9), pero esta misma política arrasaba a Inglaterra a contraer los mismos enemigos que España. Disponemos de

(7) BRAUDEL, FERNAND (1976) [1949]: II, 246-319.

(8) VITKUS, DANIEL E. (2001).

(9) ELLIOTT, JOHN H. (2004) [1986]: 239-250.

cifras que corroboran esta afirmación: entre 1600 y 1640, por ejemplo, los corsarios berberiscos capturaron más de 800 navíos ingleses e hicieron alrededor de 13.000 prisioneros. El hostigamiento a las costas inglesas por los marinos norteafricanos fue de tal calibre que Carlos I (1625-1649) no tuvo más remedio que elevar el impopular «ship money», tasa destinada a equipar la Armada inglesa, para conseguir frenar estos ataques. Gracias a esta ayuda económica, a la de la Iglesia anglicana (recogió cuantiosas limosnas de los familiares y amigos de los cautivos apelando a los «Barbary horrors» en sus célebres sermones dominicales) y al fletamento de una serie de importantes expediciones diplomáticas de rescate apoyadas por el *Privy Council*, la Monarquía de los Estuardo consiguió disminuir algo sus capturas de naves y personas. No obstante, y pese a la toma de todas estas medidas, entre 1672 y 1682 los corsarios argelinos todavía consiguieron apoderarse de 353 barcos ingleses y de unos siete mil prisioneros (10).

En la centuria siguiente los ataques de los corsarios berberiscos a las poblaciones costeras de Europa descendieron pero no cesaron (11). Es cierto que en algunos momentos los *baños* y las mazmorras norteafricanas acusaron una falta de cautivos europeos debido a la crisis demográfica (fuertemente ligada a las guerras dinásticas, las malas cosechas, las epidemias y las hambrunas) que asoló a los territorios del norte y el sur de Europa, que eran el principal objetivo de los marinos de la Media Luna. Sin embargo, los datos disponibles corroboran en general una notable intensidad hacia los barcos procedentes de la América española y contra las costas del sur de Italia en particular. Sabemos, por ejemplo, que entre 1785 y 1793 los corsarios de Argel apresaron 13 barcos procedentes del Nuevo Mundo e hicieron prisioneras a un total de 130 personas (12). Por las mismas fechas, entre 1786 y 1796, los corsarios de Túnez capturaron unos 776 napolitanos y sicilianos, lo que hace una media de casi cinco personas diarias (13).

Hechos como los anteriormente citados y la existencia de toda una serie de fortines con sus cañones y bombardas de bronce, torres defensivas y murallas diseminadas a lo largo del Mediterráneo y el Atlántico africano (14), nos llevan a afirmar que en esta geografía, desde finales del siglo XVI hasta el último tercio del XVIII, se asistió a un período de «paz vigilada» que duró algo más de cien años y en el que junto a las negociaciones diplomáticas, abundó la movilidad de personas en ambas direcciones, los intercambios comerciales, las expediciones corsarias y, por ende, las operaciones de rescate de prisioneros protagonizadas por órdenes religiosas (trinitarios, mercedarios, capuchinos,

(10) COLLEY, LINDA (2002): 43, 49-50. Sobre las misiones de rescate de cautivos ingleses en el norte de África, véase AYLMEYER, GERALD E. (1999): 378-388.

(11) FONTENAY, MICHEL y TENENTI, ALBERTO (2006): 173-228.

(12) DAVIS, ROBERT C. (2001): 101.

(13) VALENSI, LUCETTE (1967): 1277.

(14) PARKER, GEOFFREY (1990): 25-36.

lazaristas). En lo que concierne al comercio de esclavos producido en estas aguas, conviene indicar que dicha trata, al igual que la atlántica, generó una densa y parasitaria red de cambistas e intermediarios (antiguos cautivos, judíos, renegados cristianos, musulmanes), paralela a la religiosa, que obtenía con todo este tráfico unos importantes beneficios económicos transfiriendo dinero para los rescates o mercancías obtenidas en las correrías corsarias. Se tratara de expediciones de corsarios que iban a capturar esclavos o de mercaderes en busca de nuevos productos y mercados, lo cierto es que esta larga centuria de «paz vigilada» fue propicia para los desplazamientos de naves europeas al norte de África (Marruecos, Argel, Túnez, Trípoli), Turquía, el África occidental (Cabo Verde, Senegal, Costa de Guinea, Angola, Congo) y oriental (Zanzíbar, Malindi, Sofala), todo debidamente asegurado por compañías mercantiles francesas, inglesas y holandesas (15).

No vamos a entrar a valorar aquí la figura de los rescatadores de cautivos de las órdenes religiosas, pues actualmente cuenta con una relevante bibliografía gracias a los abundantes testimonios que nos han dejado (16). Si nos detendremos, aunque sólo sea someramente, en la desatendida figura de los mercaderes-rescatadores de esclavos. Los testimonios disponibles apuntan que los mercaderes-rescatadores de esclavos eran gente experimentada —ex cautivos, renegados y judíos en la mayoría de los casos— y familiarizada con los tratos efectuados en la frontera mediterránea. Todos ellos ofrecían un servicio más o menos rápido (no solía sobrepasar el medio año) a unos clientes —individuales o colectivos— que solían dar de lado estas gestiones por ser delicadas y costosas. La confianza que los potenciales clientes tenían en sus capacidades para asegurar el transporte e incluso para transferir los medios financieros necesarios para efectuar las operaciones de rescate explica que muchos de ellos se desplazaran a las antípodas de sus lugares de residencia para reclamar sus servicios. Wolfgang Kaiser, uno de los historiadores que ha rescatado del olvido a esta fascinante figura de la frontera Mediterránea de la Edad Moderna, completa aún más nuestras pinceladas advirtiéndonos que si existe un rasgo que caracterice al mercader-rescatador ése es el de no implicarse de forma directa en las negociaciones de rescate que normalmente se establecían *in situ* (17).

En efecto, las gestiones de rescate casi siempre solía hacerlas un «correo» que vivía en territorio musulmán y tenía amistades o lazos de parentesco con el mercader-rescatador. Desde el mismo instante que se tenía noticia de la necesidad de libertar un esclavo, una compleja cadena de pesquisas y negociaciones se ponía en marcha y no paraba hasta dar con su objetivo. Los citados correos en los territorios africanos eran el eslabón principal en esta cadena negociadora, pues mantenían relaciones con mercaderes instalados en puertos

(15) DAVIES, KENNETH GORDON (1957); LAW, ROBIN (1991); PANZAC, DANIEL (2004).

(16) Véase la bibliografía citada en la nota 4.

(17) KAISER, WOLFGANG (2008).

Europeos de cierta envergadura que, a su vez, tenían contacto con banqueros activos en el sistema de plazas de cambio europeo. El caso de los mercaderes judíos instalados en Livorno y en otros puertos del Mediterráneo occidental y oriental es el más conocido. Especializados en los servicios de crédito durante los siglos XVII y XVIII, se convierten en referencia obligada para las transacciones financieras llevadas a cabo tanto por los particulares como por las instituciones civiles (cofradías de pescadores, hermandades de marineros) y religiosas de rescate, a pesar del alto coste de sus servicios (en la mayoría de los casos superan el 30%). Hay muchos ejemplos que reflejan la existencia de importantes redes comerciales tejidas en el Mediterráneo musulmán y conectadas con personas a las que les unen lazos familiares o afectivos en la orilla cristiana de este mar. Uno de tantos testimonios en esta línea nos lo proporciona Gabriel de Moncerrat Negretti, un mallorquín capturado por los corsarios de Túnez en 1624 (18). Vendido a un acaudalado patrón llamado Youssef Dey, Gabriel permaneció cautivo hasta 1629, momento en que renegó de su fe convirtiéndose en Ahmed Mallorquino. Sus acciones predatorias en el Mediterráneo medio y oriental como corsario asociado a su antiguo patrón fueron especialmente intensas entre 1633 y 1645, y le permitieron establecer relaciones comerciales con otros mercaderes con intereses en el puerto de Mallorca. Su esposa (quedó en la isla cuando los corsarios de Túnez le hicieron prisionero) resultó fundamental para el desarrollo de todo este negocio: le ayudaba a introducir la mercancía robada en sus asaltos (lanas, vinos, grano), y a cambiarla por dinero o artículos de lujo (sedas, terciopelos, relojes) que luego vendía en Túnez. Para afianzar todavía más estos prometedores intercambios de doble dirección en asociación con su antiguo patrón y su mujer, Ahmed intentó, aunque sin éxito, casar a su hermana con un cautivo mallorquín de Túnez que tenía importantes contactos en el rescate de cautivos. A la altura de 1640, cuando apenas habían transcurrido diez años de su «nueva vida» en la fe de Alá, Ahmed se convirtió en un reputado hombre de negocios gracias al rescate de cautivos cristianos, encontrándose entre sus muchos clientes el *caid* de Venecia y el de La Ciotat. En 1643 Ahmed había amasado una considerable fortuna fruto de sus predaciones a lo largo y ancho del Mediterráneo. No sabemos el montante exacto, pero su cambio de nombre –desde ahora se llamará Ahmed Ibn Mohamed Abdallah– y el mero hecho de rubricar los documentos con su propio sello denotan la elevada posición que llegó a ocupar este renegado mallorquín en la sociedad tunecina de la época.

Sin duda es cierto que el Mediterráneo de los siglos XVII y XVIII no era el del siglo XVI. El mismo Braudel se hizo eco de ello subrayando que su sustitución por el Atlántico –el famoso «viraje» producido en las décadas de los ochenta del siglo XVI– le hacía pasar a un segundo lugar en la naciente «economía mundo». Tal tesis ha sido corroborada posteriormente por Kirti Chau-

(18) BOUBAKER, SADOK (1990): 167-169.

duri, Immanuel Wallerstein, Denis Lombard y R. Bin Wong, autores que han demostrado cómo incluso los territorios bañados por el Índico, el Pacífico e incluso los mares de la China y el Japón se beneficiaron del extraordinario empuje de la economía atlántica de los siglos XVII y XVIII (19). Ahora bien, este relegamiento del Mediterráneo en la economía global no debe interpretarse como una falta de participación en la misma. En recientes estudios que se ocupan del tráfico comercial de Esmirna, Livorno y Marsella se demuestra precisamente todo lo contrario: el Mediterráneo también participó de esta boyante dinámica económica. Sus activas colonias de mercaderes europeos y musulmanes y las importantes rutas comerciales que surcaban sus aguas, muchas de las cuales llegaron a conectar el importante triángulo que formaban las Indias orientales con las occidentales y Europa, así lo atestiguan (20). En lo referente al puerto de Marsella, quizás el más significativo de los tres mencionados, sabemos que mientras que en 1660 importaba sólo 19.000 quintales de café yemení desde Egipto, en 1785 la cantidad había aumentado a 143.310 quintales, de los que 142.500 procedían de la Indias occidentales. La mayor parte iba a Francia, y no era poco el que volvía a reexportarse desde Marsella al Imperio otomano, lo que invirtió el sentido en que circulaba el comercio en 1660 (21).

Como es obvio, las diferentes sociedades de europeos y musulmanes que habitaban en esta época a lo largo y ancho del Mediterráneo y el Atlántico africano decidieron, mediante el relanzamiento del curso, lucrarse de este importante tráfico de mercancías y personas. En lo referente a las razias y asaltos realizados por los marinos del norte de África fuera de los límites geográficos de sus aguas, no debe pasarse por alto que toda una serie de prácticas mercantiles consustanciales a la navegación (contratos de ganancias entre el patrón y la tripulación, seguros marítimos) unidas a la rápida comercialización del botín capturado (drogas, especias, alimentos, madera tintórea y de calidad, tejidos, esclavos) garantizaron la permanencia en el espacio y en el tiempo de las operaciones predatorias mencionadas. Hay que indicar, por otra parte, que el curso que realizaron los marinos berberiscos, y probablemente también los europeos, dotó a los capitanes de sus naves (en su mayoría eran renegados cristianos de baja extracción social) de un amplio horizonte de posibilidades y a sus ciudades-puerto de un determinado «modelo de desarrollo económico» en el que los hombres y mujeres apresados eran piezas claves en el desempeño de tareas domésticas, artesanales, agrícolas y pesqueras (22). Aunque es difícil distinguir entre el rescate de cautivos y el comercio de esclavos en general, lo que realmente importa es señalar que las mismas fuentes musulmanas de esta época

(19) CHAUDURI, KIRTI (1978); WALLERSTEIN, IMMANUEL (1984); LOMBARD, DENYS (1990); BIN WONG, R. (2001): 5-41.

(20) GOFFMAN, DANIEL (1990); ENGELS, MARIE-CRISTINE (1997).

(21) GREENE, MOLLY (2003): 269.

(22) BACHROUCH, TAOUFIK (1977); MANCA, CIRO (1982).

ya distinguen entre esclavo y cautivo (23). Aparte de que el cautivo puede rescatarse él mismo gracias al dinero ganado por desempeñar trabajos de especial relevancia, la mayor diferencia que existe entre ambos grupos marginales reside en que el cautivo puede ser revendido a un rendimiento netamente superior al precio de un esclavo. De igual forma, si el rescate acordado por un cautivo no prosperaba, a su patrón todavía le quedaba la esperanza de venderlo a vender a una buena suma. La relevancia y complejidad que adquieren todas estas negociaciones producidas en los márgenes de las sociedades del Mediterráneo y el Atlántico africano del *ancien régime* han llevado a algunos autores a afirmar, con acierto, la existencia de una auténtica «economía del rescate» que estaría inmersa en una «economía de la circulación» de mayor calado y envergadura (24).

Regulares o discontinuos, forzosos o no, lo cierto es que de 1.000.000 a 1.250.000 de europeos permanecieron retenidos en las poblaciones berberiscas del norte de África desde principios del siglo XVI a finales del XVIII, momento en que la esclavitud europea en estos territorios se convierte en algo residual hasta ser abolida por completo a principios del siglo XIX (25). Los historiadores que se han acercado a este grupo marginal coinciden cuando señalan que la mayor parte de estos cautivos eran hombres de mediana edad, con oficios relacionados con la explotación y la defensa del mar (pilotos, armadores de barcos, fundidores, pescadores, militares, marineros), y nacidos en las localidades costeras de la Europa mediterránea y atlántica. Los mercados de cautivos más importantes del Mediterráneo musulmán de la época eran los de Constantinopla, Quíos, Trípoli, Túnez, Tabarca, Argel, Mogador, Tetuán, Marrakech, Safí y Salé. En lo concerniente al mercado de cautivos de Salé, sabemos que en el período en que su puerto gozó de máxima actividad, desde el primer tercio del siglo XVII hasta casi finales de la centuria, llegaron a entrar hasta 1.500 cautivos europeos anuales (125 de media mensual) que luego eran distribuidos a otros mercados del interior de África, Egipto y Asia menor. Muchos de los compradores de esclavos cristianos eran moriscos de Tetuán, Orán, Bugía y Argel que habían sido expulsados de España a finales del siglo XV y principios del XVII y que, heredaron este oficio de sus abuelos y padres. Apenas tenían noticia de la aproximación a las costas de Berbería de una galera corsaria con una buena presa, se desplazaban desde sus ciudades de residencia hasta los puertos de ataque corsario (Salé, Argel y Túnez sobre todo) para comprar esclavos y mercancías robadas. Desgraciadamente no disponemos de cifras y porcentajes fiables de población en las ciudades norteafricanas. La falta de fuentes y estudios demográficos similares a los de Europa lo impiden. Sólo Argel, la «ladronera de

(23) En los archivos de Argel *àbd* designa siempre a un esclavo negro. Para designar a un esclavo cristiano europeo se utiliza *nâçrani*, y *asîr* para un cautivo o prisionero. *Ama* asimismo designa indistintamente a una esclava negra o europea. Véase MEROUCHE, LEMNOUAR (2002): 211.

(24) KAISER, WOLFGANG (2006): 689-701.

(25) DAVIS, ROBERT C. (2003): 23.

la cristiandad» o las «Indias de Turquía», según las fuentes que manejemos, proporciona algunas sumas orientativas al historiador que se acerca a su cosmopolita estructura poblacional. Sabemos, en cualquier caso, que en el primer tercio del siglo XVII había una población de 100.000 habitantes (la cuarta parte estaría formada por cautivos europeos procedentes fundamentalmente de las costas ibéricas, francesas e italianas), que se vería reducida a la mitad a partir de 1650 por una serie de causas entrelazadas: receso de las capturas corsarias, epidemias de peste en 1632, 1642, 1647 y 1654, luchas intestinas por el gobierno del territorio entre los clanes rivales, malas cosechas y hambrunas (26).

En el polo opuesto, en lo que concierne a los esclavos negros, berberiscos y turcos que estuvieron en las poblaciones del sur de Europa, y aunque nos falten los datos del importante mercado de esclavos negros de Lisboa (27), no es arriesgado indicar que aproximadamente la misma cantidad estuvo retenida en la Europa meridional (28). En Francia, Inglaterra y los Países Bajos también hubo esclavos negros, berberiscos y turcos, pero éstos tuvieron menos importancia que en Portugal, España y los estados italianos, donde eran utilizados básicamente para labores domésticas y agrícolas (29). Al norte de una imaginaria línea oeste-este que une Lisboa, Madrid, Valencia, Nápoles y Bari la esclavitud fue muy tenue, lo que significa que el importante trabajo que realizaban los esclavos en el sur de Europa lo hacían otros dependientes libres (campesinos de distintas clases, artesanos, peones, inmigrantes) en el norte de Europa y en condiciones muy similares a aquéllos (30). Al igual que el cautiverio europeo en el norte de África, la esclavitud turca y africana en Europa fue un fenómeno básicamente urbano y ligado a las grandes clases sociales (incluida el clero). Solamente algunas islas del Atlántico (Madeira y Cabo Verde sobre todo) con una población muy equilibrada en el interior y el exterior llegaron a tener porcentajes de esclavos parecidos a las ciudades. Al igual que ocurrió en algunas partes de Europa, los diferentes territorios que conformaban el mundo islámico en esta época también efectuaron canjes y operaciones para libertar a los esclavos que caían en manos cristianas. Sin embargo, todas estas expediciones fueron en menor número y casi siempre quedaron circunscritas a esclavos de alta posición social. Sea como fuere, lo cierto es que la conversión, la manumisión (normalmente se hacía al testar el propietario), la huida o la muerte prácticamente fueron las únicas alternativas reales a la esclavitud que barajaron los

(26) SHUVAL, TAL (1998): 39-41.

(27) VINCENT, BERNARD (2002): 61-70.

(28) Resulta harto significativa la poca relevancia que se da a estos esclavos en el último y ambicioso trabajo que ha publicado PÉTRÉ-GRENOUILLEAU, OLIVIER (2004).

(29) En el caso inglés, por ejemplo, sabemos que en 1555 John Lok llevó los primeros esclavos de Ghana a Inglaterra, «donde aprendieron inglés para luego regresar a su país de origen y hacer de intérpretes para los traficantes de esclavos. De igual forma, John Hawkyns «consiguió cuantiosos beneficios al vender en Haití trescientos esclavos a los españoles entre 1562 y 1563». Véase LINEABAUGH, PETER y REDIKER, MARCUS (2005): 43.

(30) COTTIAS, MIRYAN, STELLA, ALESSANDRO y VINCENT, BERNARD (2006).

varios cientos de miles de prisioneros norteafricanos, turcos y subsaharianos que hubo en España, Portugal e Italia a lo largo de toda la Edad Moderna.

A la importante suma de población esclava que había en Europa y en los territorios del Islam norteafricano hay que añadir los más de 100.000 judíos expulsados de Suiza, Italia, España entre finales del siglo xv y mediados del xvi, los más de 300.000 renegados europeos que hubo repartidos por el Mediterráneo durante toda la Edad Moderna y los 500.000 musulmanes y criptomusulmanes que abandonaron España entre 1485 y 1614 (31), todo lo cual nos ponen ante una cifra cercana a los 4 millones de personas desplazadas a lo largo y ancho del Mediterráneo. Estas cifras desde luego que están muy por debajo de las sumas de desplazados que acogió el Nuevo Mundo (sobre todo, contabilizando los esclavos africanos) (32), pero esto no justifica la escasa atención prestada a este heterogéneo colectivo marginado «entre dos mundos» en los manuales y enciclopedias de Historia de Europa, ni tampoco deben traducirse como una escasa aportación de todos ellos a la historia con mayúsculas.

III

Una de las cuestiones más silenciadas por los manuales de historia moderna de España, y más en concreto por los dedicados a su historia económica, es la de no constatar la existencia, especialmente entre finales del siglo xvi y el xvii, de una quizás poco relevante pero sí continua salida de plata amonedada y lana manufacturada en forma de paños y bonetes desde los puertos españoles hacia el Mediterráneo y el Atlántico musulmán. Ni las leyes contenidas en la *Nueva Recopilación* (prohibían a los mercaderes españoles comerciar con los musulmanes y extraer moneda de oro y plata «en vajilla o pasta») (33), ni la persistente hostilidad marítima que existió durante estas centurias entre la Monarquía hispánica, el Imperio otomano y sus aliados, los estados berberiscos del norte de África, fueron obstáculos suficientes para impedir el trasvase de las mercan-

(31) LEROY, BEATRICE (1986); SCARAFFIA, LUCETTA (1993): 9; VINCENT, BERNARD (1991): 124.

(32) Sobre la emigración europea a ultramar, especialmente hacia las Américas, véanse en particular los ensayos reunidos en CANNY, NICHOLAS (1994). La bibliografía sobre la esclavitud negra en las Américas es inmensa. No obstante, los mejores trabajos son los de CURTIN, PHILIP D. (1969); BLACKBURN, ROBIN (1997); y ELTIS, DAVID (2000). Para las cifras, véase últimamente ELTIS, DAVID (2001): 17-46.

(33) Leyes 1, 2 y 7 del título 18, libro 6º, de la *Nueva Recopilación*. En este mismo *corpus* jurídico, que prácticamente estuvo en vigor en España durante toda la Edad Moderna, también se prohibía exportar el ganado caballar y mular (Leyes 12, 15, 20 y 33, del título 18, libro 6º), la vena de hierro y acero (Ley 51, título 18, libro 6º), el lino, el cáñamo (Ley 48, título 18, libro 6º) y las armas y los aparejos de guerra (Ley 48, título 18, libro 6º). Hay que indicar, por otra parte, que la repetición de todas estas prohibiciones a lo largo del tiempo es harto elocuente de su falta de cumplimiento.

cías indicadas, sencillamente porque ambas orillas del Mediterráneo necesitaban de los productos que la otra tenía.

Estas negociaciones comerciales entre la Corona española y las autoridades berberiscas del norte de África, presentes tanto en tiempos de guerra (la mayoría del siglo XVI) como en los de «paz vigilada» (siglos XVII, XVIII), unas veces eran realizadas directamente por oficiales que representaban a ambos poderes; otras haciendo uso de la mediación de puertos (Marsella, Génova, Livorno) y mercaderes (judíos sobre todo) ajenos a sus territorios y autoridades; y las más de ellas acudiendo a una densa y tupida red de intermediarios civiles (antiguos cautivos, renegados cristianos, judíos, musulmanes) y religiosos (trinitarios, mercedarios, lazaristas, capuchinos) diseminada a lo largo y ancho del Mediterráneo y el «Atlántico Mediterráneo» de resultas de la reactivación del tráfico marítimo-comercial que sufrió esta área geográfica tras el armisticio que firmaron la Monarquía hispánica y el Imperio otomano entre 1580 y 1584 (34).

Aunque resulta harto difícil la reconstrucción de todo este comercio de doble dirección que protagonizaron España y los territorios del Magreb durante los siglos XVI, XVII y XVIII por la falta de fuentes y estudios locales, Eloy Martín Corrales, uno de los pocos investigadores que se ha acercado a tan espinoso y complejo tema de estudio, señala que las exportaciones hispanas al norte de África y a América eran muy semejantes (35). Según este autor, en ambos casos el grueso de las mercancías se componía de productos manufacturados en el extranjero (Inglaterra, Flandes, el norte de Italia), quedando reducida nuestra aportación a productos agrícola-pesqueros menores (vino, aguardientes, aceite, frutos secos, sardinas, sal, esparto, manteca, cecina, barrilla, lino, cáñamo), manufacturas de baja calidad (paños, felpas, tafetanes, estameñas, cordobanes, bonetes), armas (arcabuces, espadas, cañones), caballos, pólvora, jarcias, velas y otros pertrechos militares destinados a las posesiones hispano-portuguesas del norte de África (Ceuta, Melilla, Mazagán, La Mamora, Tánger, Orán, Tenes, Bugía, Mazalquivir) y de sus costas occidental (Madeira, Cabo Verde, San Jorge de Mina, Axim, Congo o «reino de Monopatapa», San Felipe de Benguela, Loanda, Santo Tomé) y oriental (Mogadiscio, Malindi, Kilwa, Zanzíbar, Mombasa, Malindi, Sofala).

Pese a la variedad de las mercancías intercambiadas, la verdadera realidad del comercio entre España y África reside en la escasa entidad de las exportaciones, insiste Martín Corrales. Es más, durante toda la Edad Moderna ni siquiera se consiguió contrarrestar la creciente importación del citado continente de esclavos (negros, berberiscos), grano (trigo, cebada, mijo), café, cueros, goma, cera, marfil, oro en polvo, especias (malagueta o «pimienta pobre», clavo, azafrán, jengibre), maderas tintóreas o de calidad (ébanos sobre todo), e incluso

(34) SKILLITER, SUSAN A. (1971): 491-515.

(35) MARTÍN CORRALES, ELOY (2001): 64-71; MARTÍN CORRALES, ELOY (2005): 139-159; MARTÍN CORRALES, ELOY (2007), pp. 485-510.

cuerno de rinoceronte y piedras de bezoar, muy apreciadas durante toda esta época por sus propiedades afrodisíacas y curativas contra la lepra, las intoxicaciones alimenticias, el prurito y la «melancolía» (36). Junto al oro, sólo la plata americana, comúnmente destinada por los mercaderes del Mediterráneo y el Atlántico africano en las operaciones de compra y venta de esclavos y mercancías (37), pudo compensar en parte este patente desequilibrio de la balanza comercial hispana.

¿Qué total de plata americana salió de España con destino al continente africano? El investigador que pretenda responder a esta pregunta tropieza con los mismos escollos que el estudioso del comercio hispano-musulmán durante la Edad Moderna: fragmentación y ausencia de fuentes, suficientes en suma para ofrecer un panorama global y de conjunto. No obstante, podemos aproximarnos algo a su respuesta acudiendo a las licencias de «saca» de moneda y mercancías «vedadas» o prohibidas que concedieron los miembros del Consejo de Castilla (máximo órgano para el gobierno interno de la Monarquía hispánica en estos momentos) a las 43 expediciones de rescate efectuadas en Marruecos y Argel por los religiosos de la Trinidad y la Merced entre 1575 y 1692 (38). Esta importante documentación está almacenada en los depósitos del Archivo Histórico Nacional y la Biblioteca Nacional de Madrid, en particular en las secciones «Códices» y «Manuscritos», y, además de reproducir con un exquisito detalle las características fisiognómicas de los 6.369 cautivos rescatados (5.120 hombre y 408 mujeres) por ambas órdenes religiosas para la Corona española, mezcla fragmentos de cuentas con instrucciones detalladas y precisas dadas a los redentores que fueron elegidos en estas expediciones.

No está de más recordar, al hilo de todo lo que hasta aquí se ha indicado, que la plata extraída de España para comprar las libertades de los cautivos en el norte de África sólo representa una mínima parte –la oficial– de ese inmenso iceberg de dinero hispano que circuló por el continente africano en los siglos XVI, XVII y XVIII. La imposibilidad de ofrecer cifras globales no nos impide señalar que durante esta época también se destinaron importantes cantidades de dinero a la paga y manutención de los diferentes enclaves militares que había a lo largo de toda la costa de África (39). Esta documentación, copiosísima en el

(36) GRUZINSKI, SERGE (2004): 384 y 434.

(37) En el resto de África funcionaba el comercio de pacotilla, armas, hierro, espejos y licores, véase EMMER, PIETER C. (2005): 5-17.

(38) AHN, Códices, legajos, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147; BNE, mss. 2.727, folios 1-3, 2.963, 2.974, folio 29, 3.634, 3.862, 3.870, 3.872, 4.359, 4.363, 4.365, 4.390, 6.160, 6.569.

(39) Desde principios del siglo xv, las monarquías de Portugal y España estuvieron presentes en los territorios del norte de África gracias a un sistema de presidios. Cuando en 1581 se produce la incorporación de Portugal a la Monarquía de Felipe II, también se integran en ella las plazas nortáfricanas, que a estas alturas del siglo xvi ya son sólo Ceuta, Tánger y Mazagán, habiendo sido abandonadas las demás (Azemmur, Safí, Alcazarseguer y Arcila) durante el reinado

Archivo General de Simancas para el África septentrional, y bastante menor en número y calidad para el resto del continente como consecuencia de la desaparición de uno de sus mejores depósitos documentales (el Archivo de la Casa de Guinea), todavía espera la atención de un investigador con capacidad y paciencia para realizar un estudio pormenorizado.

Más orientativas, aunque también difíciles de cuantificar y sopesar, son las abundantes operaciones de rescate llevadas a cabo por particulares en el lugar de aprensión, y cuya finalidad era obtener la inmediata liberación de sus seres queridos. La mayor parte de ellas tuvieron la autorización de los Consejos de Hacienda y Cruzada, y fueron realizadas prácticamente en todos los puntos del litoral hispano, luso, francés e italiano (40). Son muy visibles desde finales del siglo XVI al XVII, época dorada del fenómeno corsario y redentor, y tienden a desaparecer en el siglo XVIII, cuando el corso decrece como consecuencia directa de la falta de cautivos, y cuando los religiosos de la Merced y la Trinidad empiezan a hacer redenciones conjuntas con el propósito de abaratar los enormes costes que les ocasionaban sus desplazamientos al norte de África (41). Aunque incompletos, algunos ejemplos reflejan las relevantes partidas de dinero que durante los siglos XVI y XVII se sacaron de nuestras fronteras. En Barcelona, por ejemplo, una serie fragmentada para los años comprendidos entre 1631 y 1699, muestra que, para el rescate de cautivos, se aseguró un mínimo de 176.185 libras catalanas (42).

En las páginas precedentes ya hemos mencionado que el conflicto que se produce en el Mediterráneo entre los musulmanes del norte de África y los principales estados de Europa durante la Edad Moderna generó una significativa suma de población civil y militar retenida en las costas berberiscas. En lo relativo a España, conviene indicar que la larga guerra que se libró en el norte de Europa por la independencia de Flandes, el estado de suspensión de pagos en el que se encontraba la Hacienda real desde 1561 y el elevado coste que propiciaba generar una institución de rescate *ex novo* (43), capaz de liberrar los varios cientos de miles de prisioneros españoles que, desde que acabó el conflicto abierto entre la Monarquía hispánica, el Imperio otomano y sus aliados, los estados berberiscos de Trípoli, Túnez y Argel, llevaron a Felipe II a tomar la

de Juan III. Naturalmente, las islas, factorías y enclaves de la costa occidental (Azores, Madeira, Cabo Verde, San Jorge de Mina, Axim, Congo o «reino de Monopatapa», san Felipe de Benguela, Loanda, Santo Tomé) y oriental (Mogadiscio, Malindi, Kilwa, Zanzíbar, Mombasa, Malindi, Sofala) también se incorporaron al Imperio español.

(40) AGS, Comisaría de Cruzada, legajos, 286, 287, 288 y 289.

(41) AHN, Códices, leg. 150. Para los religiosos franceses pueden consultarse los incompletos documentos que hay en la BNF, Ld. 44-15, BNF, Ld. 43-3 (7), AD BdR, 51 H 99.

(42) MARTÍN CORRALES, ELOY (2007), pp. 485-510.

(43) A título de ejemplo resulta significativo el hecho de que, en 1550, el interés de la deuda consolidada (formada por las anualidades de los juros) casi igualaba el monto de las alcabalas. En 1557 suponía el 75% de las rentas fijas, y en 1560 prácticamente el cien por cien. Sobre todo ello informa RUIZ MARTÍN, FELIPE (1965): 3-58.

determinación de integrar las redenciones religiosas de la Merced y la Trinidad en el aparato polisindial de gobierno. Desde 1575 hasta 1692, fechas de la primera y última de las redenciones estudiadas, los mercedarios y los trinitarios colaboraron con la Corona española rescatando a muchos de sus súbditos que había en Marruecos y Argel. Túnez y Trípoli, destino asimismo de algunos centenares de prisioneros españoles, italianos y portugueses que se encontraban bajo la soberanía del monarca católico en estos momentos, quedaban fuera del alcance de los religiosos debido a la lejanía y la falta de suficientes medios y contactos diplomáticos mantenidos con tales territorios.

A diferencia de los reyes españoles, que proporcionaron a las redenciones de la Trinidad y la Merced dinero de su propia Hacienda y las integraron en su maquinaria de gobierno después de la victoria naval de Lepanto (1571) (44), los monarcas portugueses y franceses prefirieron esperar casi a principios del siglo XVIII para hacer algo semejante. Hasta las décadas finales de los reinados de Pedro II (1668-1706) y Luis XIV (1661-1715), los reyes de Portugal y Francia no solicitaron a los trinitarios y los mercedarios lo mismo que ya habían hecho sus homónimos en España casi cien años antes: soldados, armadores de barcos, pilotos, marineros y burócratas de alta condición social capturados en el Mediterráneo y en el Atlántico africano (45). La eficacia de los redentores españoles en este particular punto está fuera de toda duda: el 31,13% de los cautivos rescatados entre 1575 y 1692 con oficio conocido eran militares procedentes del sur de Europa y apresados en guarniciones fronterizas con el Islam (46).

No es pretensión nuestra cuestionar la importante labor humanitaria que desarrollaron los redentores de la Trinidad y la Merced en el norte de África durante toda la Edad Moderna. En esta tarea, los religiosos, además de rescatar a los cautivos que querían los soberanos españoles (preferentemente oficiales y soldados apresados en el frente Mediterráneo), no se olvidaron de aquellos que, como indicaba Cipriano de Valera en su *Tratado para confirmar en la fe cristiana a los cautivos de Berbería* (1594), eran más sensibles a renegar por su «poca voluntad y reciedumbre de espíritu»: mujeres, niños, ancianos y cautivos con escasos recursos económicos. No obstante, al margen de la tenacidad de los redentores y de los sufrimientos individuales de los cautivos, resulta innegable que los captadores musulmanes obtuvieron de sus víctimas cristianas, fundamentalmente europeos procedentes de localidades costeras del Mediterráneo y Atlántico, una importante cantidad de dinero para efectuar sus negociaciones comerciales dentro y fuera de su continente, e incluso para comprar barcos, pólvora y armas (arcabuces y cañones sobre todo) con las que seguir retroalimentando el lucrativo binomio corso-cautiverio.

(44) MARTÍNEZ TORRES, JOSÉ ANTONIO (2004a): 29-48.

(45) MARTÍNEZ TORRES, JOSÉ ANTONIO (2007): 199-218.

(46) MARTÍNEZ TORRES, JOSÉ ANTONIO (2004b): 142.

Obviamente tales argumentos no escaparon a la afilada pluma de algunos críticos que eran coetáneos con las redenciones de cautivos protagonizadas por los trinitarios y los mercedarios. Uno de tantos ejemplos en esta línea nos lo proporciona el capitán inglés William Garrett, que era un corsario inglés que se ganaba la vida capturando turcos y berberiscos a lo largo y ancho del Mediterráneo para luego venderlos en los puertos del Levante español (Valencia, Alicante y Cartagena sobre todo). Entre las muchas soluciones que barajaba el capitán Garrett al problema de la esclavitud cristiana en el norte de África se hallan desde la simple y llana abolición de las expediciones de rescate religiosas, hasta la creación de una flota de defensa costera formada por seis navíos y sufragada en parte con el dinero empleado en las redenciones de cautivos (47). Para esta corriente de opositores a las operaciones de rescate religiosas, que aglutinaba a arbitristas, marinos y relevantes miembros de los Consejos de Estado y Guerra, no existían dudas: el rey de las Españas, el señor más poderoso del Viejo Mundo desde los tiempos del Imperio romano, también tenía que ser «señor del mar» (48). Y es que gobernar el mundo, apuntaba en esta línea otro apologeta de la Monarquía hispánica, pasaba por ejercer, como Neptuno con su infalible tridente, «el pleno dominio sobre todos los mares y océanos», al margen de las doctrinas del *mare liberum* difundidas por Hugo Grocio (49). No podía consentirse la pérdida de mano de obra para los campos en las continuas razias de los berberiscos contra la costa peninsular, ni tampoco podía seguirse mandando tan importantes sumas de dinero a estos enemigos «infieles», pues era sabido que utilizaban tales montantes para comprar armas y fletar barcos con los que luego volvían a capturar a los desgraciados cautivos. ¿De qué cantidades de dinero estamos hablando? ¿Se mandó sólo plata amonedada en las expediciones de rescate?

Es sabido que desde mediados del siglo XIII, la legislación castellana, en preservación de su relativa abundancia de riqueza, prohibió la salida de metales preciosos (oro y plata) y mercancías (lana, seda, lino, cáñamo) por sus fronteras. Isabel (1474-1505) y Fernando (1474-1516), los Reyes Católicos, afianzaron estas disposiciones negativas pero Carlos V (1516-1556) y Felipe II (1556-1598) conculcaron con frecuencia dichos preceptos otorgando licencias de «saca» de moneda cuantiosas. Aparte de los alemanes (Fugger, Welser) y los genoveses (Grimaldi, Gentile, Centurión), que gracias a sus condiciones de prestamistas de la Corona española obtuvieron licencias de exportación de oro, plata y mercancías «vedadas» o prohibidas con más frecuencia que cualquier otro colectivo o individuo, al resto de particulares se les impidió la extracción de moneda hasta 1551, y de 1560 a 1566 (50).

(47) BNE, mss. 3.865.

(48) MONCADA, SANCHO DE (1974) [1619]: 125.

(49) GUERREIRO, AFONSO (1950) [1581]: 24 y 29.

(50) CARANDE, RAMÓN (1949); RUIZ MARTÍN, FELIPE (1990) [1965].

Aunque lo corriente era la existencia de un clima de cierta tolerancia para con la «saca» de moneda de España protagonizada por los extranjeros y ciertos naturales, lo cierto es que a éstos alguna que otra vez también se les negó como fue el caso de 1583 a 1586, de 1590 a 1593, y en 1600. Precisamente fue en un ambiente de condescendencia para con las extracciones de oro y plata amonedada, detectable en años muy precisos de las décadas de los ochenta y noventa del siglo XVI, concretamente en 1582, 1586 y 1587, cuando se conceden las primeras licencias de «saca» de moneda y mercancías «vedadas» o prohibidas a los religiosos de la Merced y la Trinidad. Desde las citadas fechas hasta 1692, a ambas órdenes se les concedieron un total de doce licencias de «saca» de moneda por un total de 430.213 ducados. Parte de este dinero tenía que formar el *cargo* o activo de las redenciones que, desde 1609, por expresa orden (51) de su majestad Felipe III pero en realidad poco cumplida a lo largo de toda la centuria, se tenía que dividir en tres partes: dos tercios en mercancías (fundamentalmente paños y bonetes manufacturados en Toledo y Córdoba) y el resto en *adjutorios* (52) y limosna recogida en las principales poblaciones de España y América.

De los 949.331,86 ducados que gastaron los religiosos de la Trinidad y la Merced en comprar 6.369 cautivos en Marruecos y Argel entre 1575 y 1692, alrededor de 632.887,91 ducados (más de los dos tercios requeridos por la orden real mencionada arriba) se emplearon en la adquisición de lotes de bonetes (negros y rojos) y telas (felpas, estameñas, rajás, cordobanes, anascotes) que luego eran revendidos en el norte de África a precios superiores a los de España. Aunque nunca se registraron problemas en la recaudación del llamado «dinero de la redención», lo cierto es que los religiosos de la Trinidad (al contrario que los de la Merced, solían pedir limosna en los exhaustos territorios de la Corona de Castilla) vieron fuertemente menguados sus fondos en el último tercio del siglo XVII al tener que convertir el vellón recogido en plata, que era la moneda que demandaban las autoridades del norte de África para todas estas transacciones económicas.

Si, como hemos señalado al principio de este epígrafe, existen serias dificultades para calcular el volumen global de plata que salió de nuestras fronteras en dirección al norte de África por la vía particular y religiosa, las dificultades aumentan a la hora de tratar de establecer que manufacturas y productos fueron sacados desde los puertos españoles (levantinos, castellanos y andaluces sobre todo) a los norteafricanos (Argel y Marruecos principalmente). Como sucede con el término *plata* (podía designar tanto el oro y la plata amonedados como el valor de las barras y tejos de metales preciosos, de joyas, perlas y piedras preciosas) (53), la utilización de vocablos como *robes* o *robás*, que encontra-

(51) BNE, mss. 4.390.

(52) Dinero que adelantaban a los religiosos los familiares, amigos y conocidos de los cautivos con la expresa condición de ser devuelto si no era libertado el interesado.

(53) SOLÓRZANO, JUAN DE (1647): libro VI, cap. I, núm. 26.

mos en las fuentes para designar a los tejidos que se llevaban al norte de África, nos impiden saber qué clase de ellos formaban parte de las remesas enviadas.

A pesar de todos estos inconvenientes, es indudable que el capítulo más relevante de las exportaciones españolas al norte de África, excluida la plata amonedada (como hemos podido ver casi un millón de ducados salieron de España entre finales del siglo XVI y el XVII para pagar los rescates de los cautivos españoles en el norte de África), fue la manufactura textil de paños y bonetes. Las noticias cuantitativas más importantes sobre el envío de paños hacia las poblaciones de Marruecos y Argel nos la proporcionan las redenciones de cautivos de los trinitarios y los mercedarios. Estas fuentes, a diferencia de las que nos pueden ofrecer los mercaderes particulares, que contienen enormes lagunas, son algo más completas. Gracias a ellas sabemos que entre 1575 y 1645 los religiosos españoles introdujeron en Marruecos y Argel 4.915,5 varas de paños de distinta calidad comprados en Córdoba, Baeza, Granada y Valencia. Anteriormente ya dijimos que la razón fundamental de todas estas compras era la de formar una parte –dos tercios para ser más exactos– del *cargo* o activo de la redención. No obstante, no debe descartarse la de obtener beneficios con su reventa en Berbería, capaces de compensar la falta de *adjutorios* y limosna recaudada en España y América. Disponemos de algunos ejemplos para insistir en esta línea, pero quizás sea ilustrativo el que nos ofrece la redención que se hizo en Argel en 1575, que compró 949,5 varas de lana y paños de Baeza por un total de 614,676 maravedís, y los revendió en Argel por 941,299 maravedís (54).

Al igual que la moneda de plata y los paños, los bonetes, fabricados en Toledo, también tuvieron demanda en las poblaciones del litoral norteafricano entre todas las clases sociales. La información cuantitativa más relevante la siguen proporcionando las redenciones de cautivos que se produjeron en el norte de África entre 1575 y 1692. Gracias a tales fuentes sabemos que entre 1583 y 1645 los religiosos de la Merced y la Trinidad introdujeron en Marruecos y Argel 41.892 bonetes de Toledo, lo que hace una media de 672 bonetes anuales. Al igual que ocurrió con los paños, su venta en el norte de África también reportó ganancias a las siempre necesitadas arcas de los religiosos. Hay muchos ejemplos para insistir, pero es destacable el que nos proporciona la redención que se hizo en Fez y Tetuán en 1640, que compró 12.360 bonetes toledanos (11.976 negros y 384 rojos) por 61.033 reales, y los vendió por 91.055 reales (55).

Todos los testimonios disponibles coinciden cuando apuntan que la crisis de la industria bonetera de Toledo, ya visible en las décadas de los veinte del siglo XVII, fue debida al escaso apoyo que prestaba la Corona a los gremios de la ciudad, a la expulsión de los moriscos (se encargaban del trabajo más delicado) y a

(54) BNE, mss. 2.963.

(55) BNE, mss. 6.160.

la desenfrenada emisión de moneda de vellón (hacia 1626 el premio de la plata, en relación con el vellón había subido del 4 por ciento en 1620 a un 50 por ciento). Sin poner en duda ninguna de estas causas, que tradicionalmente suelen utilizarse para explicar la crisis del textil en toda la región castellano-manchega, no hay que olvidar que el establecimiento de una manufactura bonetera en Túnez en la segunda mitad del siglo XVII (se nutría básicamente de mano de obra esclava y morisca) (56) también contribuyó a que cayera la demanda de bonetes de Toledo en las poblaciones del norte de África (57). Aunque las remesas de paños y bonetes no llegaron a desaparecer del todo en las cuentas de los redentores de la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del XVIII, las insignificantes cantidades disponibles reflejan que aleatoriamente fueron empleadas como «presentes» y tributos, y no como objeto de intercambio (58).

* * *

De las páginas anteriores se pueden extraer cuatro conclusiones. La primera, que el Mediterráneo de los siglos XVII y XVIII, pese a tener menos empuje económico que el Atlántico y el Pacífico en la naciente «economía-mundo», todavía fue un poderoso y atractivo reclamo para los mercaderes y los tratantes de esclavos. La segunda, que la guerra abierta que se produjo en el siglo XVI entre las principales potencias de Europa, el Imperio turco y sus aliados, los estados berberiscos de Trípoli, Túnez y Argel fue sustituida en los siglos XVII y XVIII por una guerra de desgaste o alternativa –la guerra corsaria– que generó un importante tráfico de prisioneros en ambas direcciones y una subsidiaria red de intermediarios que se lucraban de estos intercambios conectando las dos orillas del Mediterráneo gracias a sus negocios. Si, como ha sugerido Salvatore Bono (59), podemos hablar de una edad de oro del curso berberisco que iría de la última década del siglo XVI al inicio de la segunda mitad del XVII, también podemos señalar la existencia de otra edad de oro de las negociaciones de rescate de prisioneros, si bien ésta empezaría al terminar la primera, y tendría como fecha tope el preciso momento en que se abolió la esclavitud cristiana en las poblaciones del Magreb. La tercera, que la esclavitud mediterránea, lo mismo la europea como la musulmana o negra, aunque nunca llegó a tener el importante volumen que la americana, no debería olvidarse que también fue un fenómeno de notables proporciones. Finalmente se ha sugerido que el comercio entre Europa y el continente africano, y más en concreto entre España y África fue, aunque existente y variado, de escasa relevancia, limitándose a exportar pertrechos militares y materias primas de poco valor, y reexportar productos de otros países e incluso prohibidos por la legislación de la época. Aunque es difícil de

(56) RICARD, ROBERT (1956): 423-432; BOUBAKER, SADOK (1987): 134-136.

(57) A principios del siglo XVIII la producción de bonetes de lana en Túnez se estimaba en 50.000 docenas, y en 1760 en 110.000 docenas. Véase BOUBAKER, SADOK (2003): 49.

(58) WINDLER, CHRISTIAN (2002): 485-548.

(59) BONO, SALVATORE (1993).

calcular su volumen por la falta de fuentes y estudios locales, los testimonios disponibles apuntan a que la balanza comercial española de esta época fue deficitaria. Solamente la salida de plata, que estaba destinada fundamentalmente a pagar los rescates y los servicios prestados en el continente africano por los soldados, mercaderes y religiosos de la Monarquía hispánica, pudo saldar en parte este desequilibrio.

BIBLIOGRAFÍA

- AYLMER, GERALD E. (1999), «Slavery under Charles II: The Mediterranean and Tangier», *English Historical Review*, 114, pp. 378-388.
- BACHROUCH, TAOUFIK (1977): *Formation Sociale Barbaresque et Pouvoir à Tunis au XVIIe siècle*, Túnez, Publications de l'Université de Tunis.
- BIN WONG, R. (2001): «Entre monde et nation: les régions braudéliennes en Asie», *Annales HSC*, 56-1, pp. 5-41.
- BLACKBURN, ROBIN (1997): *The Making of New World Slavery. From the Baroque to the Modern, 1492-1800*, Londres, Verso.
- BONAFFINI, GIUSEPPE (1983): *La Sicilia e i Barbareschi. Incursión corsare e riscatto degli schiavi (1570-1606)*, Palermo, Ila Palma.
- BONO, SALVATORE (1993), *Corsari nel mediterraneo. Cristiani e musulmani fra guerra, schiavitù e commercio*, Milán, Arnaldo Mondadori.
- BOUBAKER, SADOK (1987): *La Régence de Tunis au XVII siècle: ses relations commerciales avec les ports de l'Europe méditerranéenne. Marseille et Livourne*, Zaghuan, Ceroma.
- (1990): «Les majorquins a Tunis au XVIIe siècle», *VIII Jornades d'Estudis Històrics Locals. El comerç alternatiu. Corsarisme i contraban (siglos xv-xviii)*, Mallorca, Instituto de Estudios Baleáricos, pp. 163-173.
- (2003): «Negoce et enrichissement individuel à Tunis du XVIIe siècle au début du XIXe siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 50-4, pp. 29-62.
- BRAUDEL, FERNAND (1976) [1949]: *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en tiempos de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols.
- (1984) [1973]: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos xv-xviii*, Madrid, Alianza Editorial, 3 vols.
- CANNY, NICHOLAS (1994): *Europeans on the Move. Studies on European Migration, 1500-1800*, Oxford, Oxford University Press.
- CARANDE, RAMÓN (1949): *El crédito de Castilla en el precio de la política imperial*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- CHAUDURI, KIRTI (1978): *The trading World of Asia and the East India Company (1660-1760)*, Cambridge, Cambridge University Pres.
- COLLEY, LINDA (2002): *Captives: Britain, Empire and the World, 1600-1850*, Londres, Cape.
- COTTIAS, MIRYAN, STELLA, ALESSANDRO y VINCENT, BERNARD (2006): *Esclavage et dépendances serviles*, París, L'Harmattan.

- CURTIN, PHILIP D. (1969): Curtin, *The Atlantic Slave Trade: a Census*, Madison, Wisconsin University Press.
- DAVIES, KENNETH GORDON (1957): *The Royal African Company*, Londres, Longman.
- DAVIS, ROBERT C. (2001), «Counting European Slaves on the Barbary Coast», *Past and Present*, 172, pp. 87-124.
- (2003), *Christian slaves, Muslim masters: White slavery in the Mediterranean, the Barbary Coast and Italy, 1500-1800*, Nueva York, Palgrave.
- ELLIOTT, JOHN H. (2004) [1986]: *El Conde-Duque de Olivares*, Barcelona, Crítica.
- ELTIS, DAVID (2000), *The Rise of African Slavery in the Americas*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2001): «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade: a Reassessment», *The William and Mary Quarterly*, 3ª serie, 58, pp. 17-46.
- EMMER, PIETER C. (2005): «L'Afrique et l'impact de la traite atlantique», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 52-4 bis, pp. 5-17.
- ENGELS, MARIE-CRISTINE (1997): *Merchants, Interlopers and Corsairs: The «Flemish» Community in Livorno and Genoa (1615-1635)*, Hilversum, Verloren.
- FONTENAY, MICHEL y TENENTI, ALBERTO (2006), «Course et piraterie méditerranéennes de la fin du Moyen âge aux débuts du XIXe siècle», *Revue d'Histoire Maritime*, 6, pp. 173-228.
- FRIEDMAN, ELLEN G. (1983): *Spanish Captives in North Africa in the Early Modern Age*, Madison, Wisconsin University Press.
- GODINHO, VITORINO MAGALHAES (1981-1984) [1963-1971]: *Os Descubrimentos e a Economia Mundial*, Lisboa, Minerva, 4 vols.
- GOFFMAN, DANIEL (1990): *Izmir and the Levantine World, 1550-1650*, Seattle, University of Washington Press.
- GREENE, MOLLY (2003): «El resurgir islámico», en David Abulafia (ed.), *El Mediterráneo en la Historia*, Barcelona, Crítica, pp. 219-249.
- GRUZINSKI, SERGE (2004): *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, París, Editions de La Martinière.
- GUERREIRO, AFONSO (1950) [1581]: *Relação das festas que se fizeram na cidade de Lisboa na entrada del Rei D. Philippe, Primeiro de Portugal*, Lisboa, Universidad de Lisboa.
- KAISER, WOLFGANG (2006): «Frictions profitables. L'économie de la rançon en Méditerranée occidentale (XVIe-XVIIe siècles)», en *Ricchezza del mare. Ricchezza dal mare, secc. XIII-XVIII*, Prato, Le Mounier, II, pp. 689-701.
- (2008), *Le marché des captifs. Les intermédiaires dans l'échange et le rachat des prisonniers en Méditerranée, XVe-XVIIIe siècles*, Roma, École française de Roma.
- LAW, ROBIN (1991): *The Slave Coast of West Africa 1550-1750. The impact of the Atlantic Slave trade on an African Society*, Oxford, Clarendon Press.
- LEROY, BEATRICE (1986): *L'Aventure séfarade, de la péninsule Ibérique à la diaspora*, París, Flammarion.
- LINEBAUGH, PETER y REDIKER, MARCUS (2005), *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, Barcelona, Crítica.

- LOMBARD, DENYS (1990): *Le Carrefour javanais. Essai historique d'histoire globale*, París, Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales
- MANCA, CIRO (1982): *Il modello di sviluppo economico delle città marittime barbaresque dopo Lepanto*, Nápoles, Giannini.
- MARTÍN CORRALES, ELOY (2001): *Comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII). El comercio con los enemigos de la fe*, Barcelona, Bellaterra.
- (2005): «De cómo el comercio se impuso a la razzia en las relaciones hispano-musulmanas en tiempos del Quijote: hacia la normalización del comercio con el norte de África y el levante otomano a caballo de los siglos XVI y XVII», en Josep María Delgado Ribas y Eloy Martín Corrales (eds.), *La economía en tiempos del Quijote, Revista de Historia Económica*, número extraordinario, pp. 139-159.
- (2007): «El comercio de España con los países musulmanes del Mediterráneo (1492-1767/1791): “eppur si muove”», en *Relazioni economiche tra Europa e mondo islamico. Secc. XIII-XVIII. XXXVIII Settimana di Storia Economica*, Prato, Le Mounier, pp. 485-510.
- MARTÍNEZ TORRES, JOSÉ ANTONIO (2004a): «El rescate de cautivos cristianos en el norte de África (siglos XVI-XVII)», *Historia Social*, 49, pp. 29-48.
- (2004b): *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*, Barcelona, Bellaterra.
- (2007): «Tratar con el “infiel”. La Monarquía francesa y los rescates de cautivos en el Mediterráneo y en el Atlántico (1635-1720)», *Melanges de la Casa de Velázquez*, 37-1, pp. 199-218.
- MEROUCHE, LEMNOUAR (2002), *Recherches sur l'Algérie ottomane I. Monnaies, prix et revenus, 1520-1830*, París-Argel, Editions Bouchène.
- MOLHO, ANTHONY, RAMADA CURTO, DIOGO et al (2003): «Les réseaux marchands à l'époque moderne», *Annales HSC*, 58-3, pp. 569-672.
- MONCADA, SANCHO DE (1974) [1619]: *Restauración política de España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales.
- PANZAC, DANIEL (2004): *La caravane maritime. Marins européens et marchands ottomans en Méditerranée (1680-1830)*, París, Centre National de la Recherche Scientifique.
- PARKER, GEOFFREY (1990), *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de occidente, 1500-1800*, Barcelona, Crítica.
- PÉTRÉ-GRENOUILLEAU, OLIVIER (2004), *Les traites des noirs. Essai d'histoire globale*, París, Gallimard.
- RICARD, ROBERT (1956): «L'Espagne et la fabrication de bonnetes tunisiens», *Revue Africaine*, 100, pp. 423-432.
- RUIZ MARTÍN, FELIPE (1965): «Un expediente financiero entre 1560 y 1575», *Moneda y Crédito*, 92, pp. 3-58.
- (1990) [1965]: *Pequeño capitalismo, gran capitalismo. Simón Ruiz y sus negocios en Florencia*, Barcelona, Crítica.
- SCARAFFIA, LUCETTA (1993): *Rinnegati. Per una storia dell'identità occidentale*, Roma, Laterza.
- SHUVAL, TAL (1998): *La ville d'Alger vers la fin du XVIIIe siècle. Population et cadre urbain*, París, Centre National de la Recherche Scientifique.